Núm. 144.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

LA PRESUMIDA BURLADA.

POR D. RAMON DE LA CRUZ.

PARA TRECE PERSONAS.

Quando mas el villano enriquecido
sus principios encubre,
y se ostenta mas noble y engreido,
halla quien los descubre
mas humildes, y queda mas corrido.



VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ESTEVAN,
AÑO 1817.

PERSONAS.

D. Gil Pasqual.	*Colás Morado, payo.*
D. Carlos, su amigo.	*Una Criada.*
Doña María Estropajo.	*Un Abate, maestro de música.*
La Tia María, su madre. } *payas.*	*Algunas Damas de visita.*
Tonilla, su hermana. } *payas.*	*Algunos Caballeros.*

La escena es en Madrid. Calle pública: salen por un lado D. Gil, y por otro D. Carlos de militar.

Carl. DEsde que entré por la calle
os ví, y aceleré el paso
por repetiros las pruebas
de amistad con los abrazos.
Pero ¿qué es esto? ¿y el luto?
¿En un mes que hace que falto
de Madrid, aun no cumplido
el funesto novenario
de madama, ya os encuentro
de gala, y tan afeytado?
Gil. Pues mas de luto me hallais,
aunque me mirais tan guapo.
Carl. ¿Cómo es esto?
Gil. Como el velo
del adorno está ocultando
los lutos del corazon.
Carl. ¿Por qué?
Gil. Porque me he casado;
y el falso llanto de viudo,
es ya verdadero llanto.
Carl. ¿Pues qué es lo que sentis?
Gil. ¡Ay,
amigo! son cuentos largos.
Carl. No os pregunto los motivos,
si vos quereis reservarlos,
aunque tan íntimos somos;
pero á lo menos sepamos
quien es la novia.
Gil. El demonio.
Carl. Pues, amigo, siendo claro
que no puede ser hermosa,
sin duda os habreis prendado
del entendimiento, que este
es muy sutil en el diablo.
Gil. Si como es bien parecida
fuera discreta, otro gallo
me cantara á mí.
Carl. ¿Y quién es?
¿la conozco yo?
Gil. Sí; tanto
como á mí, y á mi difunta,
que el Señor tenga en descanso.
Carl. ¿Y quién es?
Gil. ¿Se acuerda usted
de aquella niña de Quacos,
que entró en mi casa á servir
habrá unos cinco ó seis años?
Carl. ¿La que todos conocian
por Mariquita Estropajo?
Gil. Esa; pero poco á poco,
que en el dia la ha elevado
la fortuna á mi muger,
y merece mejor trato.
Carl. Perdonad, que lo pregunto
solo por no equivocarlo.
Gil. Pues, si señor, esa fue
la que me dió sesos de asno.
Carl. ¿Pues qué os llevó?
Gil. Haga usted cuenta
que hay quartos de hora menguados;
y como ella ciertamente
se habia en casa grangeado
el cariño de su ama,
y tambien el de su amo,
y sabia ya las cosas
de casa, y está tan malo
esto de casarse un hombre:
un dia que fui al Prado,
y me dió un mal pensamiento,
me volví á casa pensando

en que era mejor casarme
de asiento, que andar á saltos.
Pensé en aquella, y la otra,
á tiempo que entró en mi quarto
la chica á poner la mesa.
No me acuerdo de qué hablamos
al principio, pero bien
sé que luego nos trabamos
de palabras: no sé como
nos dimos palabra y mano,
y en fin, amigo, quedó
el asunto rematado,
de modo que á pocos dias
de secreto nos casamos.
Carl. ¿Pero ya es público?
Gil. ¡Toma!
al punto que de mi mano
tomó posesion, se puso
mas soberbia que los gallos,
y empezó á mandar en gefe,
no tan solo á los criados,
sino á mí: y ¡cómo me trata!
solamente de pensarlo
me confundo; y eso que
os juro á fe de hombre honrado,
que gasto con ella mas,
que si me hubiera casado
con una hija de un marques.
Carl. Y os está bien empleado.
Gil. ¡Y qué vana es!
Carl. Esto tienen
puestos en tren los villanos.
Gil. Eso no, porque ella dice,
que su padre fue un hidalgo
de su lugar, aunque el pobre
vino despues á trabajos:
y en Madrid dice que tiene
muchos parientes honrados.
Carl. Lo dice ella; pero vos
no lo habeis averiguado,
ni los conoceis.
Gil. Ya es tarde
para eso, lo creo y callo:
ademas que sus ideas
bien lo están manifestando.
Al punto me hizo buscar
los maestros mas afamados
de música y bayle. Y ¡cómo
se arrellana en el estrado,
y se hace servir! Mal genio
tiene, pero ella es un pasmo.

Salen en dos burros la Tia María y Tonilla de lugareñas muy pobres, y Colás Morado de payo arreándolos.

Tia. Colás, ¿por qué no preguntas
qual es la calle del Barco?
Col. ¿Pues qué no sé yo Madril?
¡Toma! tres veces ó quatro
he venido á traer hacienda:
arrea, que cerca estamos.
Ton. Vaya, ¡que es poquito grande
Madril! ¡y qué bien pintao
está todo! Oyes, Colás,
á fe que en Madril no hallamos
nengun probe.
Col. Calla, tonta,
¿que sabes tú de eso? hay tantos::-
Ton. Yo veo que todos van
bien vestidos y calzados.
Col. ¿Y eso qué importa? ¿No sabes
lo que dice el Licenciado
Parrilla de mi lugar,
que estuvo aquí doce años,
y sabe todo, como
que tuvo un tio abogado?
Que no hay lugar de mas probes;
y que él sabe mas de quatro
que andan, por arrastrar coche,
toda su vida arrastrados.
Tia. Pregunta, hombre, no nos hagas
andar arriba y abaxo.
Col. Aquella de allí es la calle.
Ton. Esos dos serán hidalgos
de Madril.
Col. ¿Por qué lo dices?
Ton. Como los veo tan portaos.
Col. Aquí todos son usías.
Pues si tú hubieras estado
aquí por semana santa,
y hubieras visto los pasos,
verias á los cabreros,
y la gente del esparto
vestidos de militar,
su espadín atravesado,
y su camisola en forma,
que á no ser por los zapatos

de pasa raton, y algunos
que sin duda iban peynados
de mano de su muger,
nenguno hubiera pensado
sino que eran todos hombres
de importancia: y ¡qué borrachos
suelen ir los trompeteros!
De veras que es un buen rato.

Tia. Hombre, pregunta á esos dos
señores que están parados.

Col. Dios guarde á ustedes, señores.

Gil. Mande usted, si se ofrece algo.

Col. ¿Sabrán ustedes decirme
dónde vive en este barrio
D. Gil Pasqual de Chinchilla?

Gil. Bien cerca está: ¿traeis recado,
ó carta alguna que darle?

Tia. No señor, que le buscamos
los tres en persona.

Carl. Pues
con el mismo estais hablando.

Tia. Só burro: ¡hijo de mi alma!
Le abraza.
Tonilla, mira tu hermano:
¡qué bello es! Dios le bendiga;
y no está tan aviejado
como habian dicho.

Col. Pariente, *medio turbado.*
conozca á Colás Morado,
que aunque probe, en fin tal qual;
como dice aquel adagio,
dende hoy todos semos unos.

Gil. Yo os estimo el agasajo,
mas no os conozco.

Carl. Pues yo
creo haberlo adivinado.

Tia. ¿No nos conoceis?

Gil. No.

Tia. ¿Pues
no sois el que se ha casado
con Mariquita Martin,
aquella chica de Quacos,
morenilla y buenos ojos?

Gil. Así es, no puedo negarlo.

Tia. Pues yo soy su madre.

Ton. Y yo
su hermanita.

Col. Yo cuñado
de su tia la Lorenza,
muger de Blas el niñato.

Carl. Amigo, celebro mucho
Riéndose.
veros tan acompañado.

Gil. No lo hemos perdido todo,
que al fin esto nos hallamos.

Ton. Repárate bien, Colás;
aunque es viejo, es buen muchacho.

Gil. ¿Y á qué es la venida
á Madrid?

Tia. A regalaros
este par de medias, y esta
cestilla de mantecados,
que son de satisfaccion.

Col. Mucho.

Tia. Y de camino á estarnos
unos meses en Madril.

Col. O si usted gusta unos años.

Tia. Y el ansia de ver la chica.

Carl. Hombre, écheles usté al prado
Aparte los dos.
á pacer, y líbrese
de semejantes pelmazos.

Gil. No haré tal; antes discurro
por ahora agasajarlos,
no se quejen con razon
de mí, y dar un desengaño
á mi muger, por si puedo
hacer que abata el penacho.

Carl. Dios lo quiera.

Gil. Pues en casa
no hay parage acomodado
para las caballerías;
pero eso no importa, vamos
á llevarlas á un meson,
para que despues volvamos
á mi casa á merendar.

Col. Los burros yo iré á llevarlos,
que bien sé donde hay posada.

Gil. No, que quiero presentaros
yo.

Tia. Lo que tú gustes, hijo.

Carl. Digo, ¡qué presto le ha entrado
á la suegra la llaneza!

Gil. Id vos á casa entre tanto,
si quereis á mi llegada
disfrutar un lindo rato;

y á Dios.
Carl. Desde ahora aseguro
que el lance no ha de ser malo.
Tia. Caballero, mande usted.
Col. ¿Sois nuestro pariente acaso?
Carl. No tengo tanta fortuna.
Ton. Oyes, ¿no es verdad? mas guapo
Aparte mirándolos.
está mi hermano que esotro.
Col. ¡Toma! todo es uno.
Gil. Vamos.
Bella mina he descubierto, *ap.*
para salir de trabajos. *vanse.*

Se muda el teatro en sala con sillas y un clave, y salen la señora Doña María Estropajo de dama muy petimetra, la Criada y el Page.

Mar. Juro que os acordareis
en viniendo vuestro amo,
y le diré claramente
que es imposible aguantaros.
¿Andarme á mí con respuestas
á qualquier cosa que mando?
Friega otra vez mal; vea yo
alguna mota en los platos,
y verás si te los tiro
á la cabeza.
Criad. Despacio,
señora: de poco á acá,
que un poco mejor fregados
están, que quando usiria
manejaba el estropajo.
Mar. No seas desvergonzada,
que esos tiempos se olvidaron.
Pag. Y tambien otros en que
Entre sí.
aunque aquí yo era criado
respecto al amo; respecto
á la criada era el amo.
Pero por eso se dixo
aprended de mí, naranjos,
que no siempre han de ser para
las flores los desengaños.
Criad. ¿Con que se le olvida á usted?
pues yo me acuerdo de quando
para ir á misa solia
prestarla yo los zapatos:
me llevaba usté á la cama
el chocolate temprano,
y andaba usted todo el dia
con los muebles á dos manos.
Mar. Quítateme de delante,
pícara.
Coge una silla, y el Page la detiene.
Pag. Vamos callando,
y acordémonos del tiempo
que vivimos como hermanos,
con una paz envidiable,
y callen pues que yo callo,
y quizá me siento en la
parte mejor agraviado.
Mar. ¿Tú? ¿de quién?
Pag. De tú::: de usted.
Señora, me he equivocado,
y habreis de sufrirlo mientras
que me voy acostumbrando.
Mar. ¿Por qué lo he de sufrir yo?
Pag. Vaya á cuenta de los quartos
que se me han ido en tostones
y limas por regalaros.
Vaya por cuenta sino
del tiempo que os he enseñado
á tocar en la guitarra
seguidillas y fandango.
Mar. Dexa esas cosas, y mira
que parece que llamaron.
Pag. El maestro de cantar,
segun los campanillazos.
Mar. Ves á abrirle.
Pag. Voy corriendo. *vase.*
Mar. Es el mas lindo muchacho
que he visto, y tiene un modito
de enseñar, que es un encanto.
¿No es verdad, Manuela?
Criad. Mucho.
Sale el Page.
Pag. Aquí está su merced.
Mar. Vamos,
maestro mio, que ya es tarde.
Abat. No ha sido, precioso encanto,
porque vuestras perfecciones
no dupliquen mi cuidado,
sino que en Madrid son muchos
de un hombre los embarazos.
Pag. No fuera mal fenomeno
ver un Abate preñado.

Mar. Habrá discípulos de
mas mérito, no lo extraño.
Abat. Ni yo lo disputo: solo
digo sin lisonjearos
(porque no es de mi carácter
lavar á nadie los cascos)
que sea el mérito vuestro,
que está á los ojos saltando,
ó sea impresion que sus luces
hacen en mi pecho blando,
vos sola sois la Sultana
entre las damas que trato
de primera magnitud,
porque sois sublime.
Mar. Bravo:
dexemos por ahora
de leccion, y prosigamos.
Abat. Mejor es hablar al clave,
como que se está estudiando
algun tono, porque yo
delante de los criados
no apruebo las confianzas.
Mar. Vamos á ver como canto
las seguidillas de ayer,
que unas amigas aguardo,
y querran oirme cantar.
Abat. Cantad, que ya os acompaño.
Criad. ¿No ves que traza de duende
tiene el maestrillo?
Pag. Tamaño
como él es, yo te aseguro
que entiende bien el teclado.
Abat. Media voz, y repetir.
Mar. Decidmelo en italiano.
Abat. Perdonad por el olvido:
Soto voce, é poi dacapo.
Mar. Y eso ¿qué quiere decir?
Abat. *Soto voce, é poi dacapo.*
Mar. Bien: decid el ritornelo:
¿*Ritornelo* es italiano?
Abat. De ritornar se deriva.
Mar. Pues *ritornelo dacapo.*
Abat. E, viva.
Mar. Yo no lo entiendo,
pero ya lo voy hablando.
Criad. ¿Qué te parece, Perico?
Pag. Me tienen embelesado.
Criad. Tú te embelesas de poco,
que eres muy simple.
Pag. Obligato.

Finge tocar solo el clave con baxos que sonarán de la orquesta; y luego que la señora Doña Mariquita canta algo breve que les acomode, ó antes de acabar, salen las que quisieren de visita, y algunos caballeros.

Visitas. Amiga, ¡que divertida
estás!
Mar. Estoy repasando
aquí algunas frioleras,
por entretener el rato.
Caballeros. A los pies de usted, señora.
Mar. Siéntense ustedes.
Cab. 1.° No hagamos
mala obra.
Mar. No por cierto.
Esta casa se ha trocado;
ya no hay las ridiculeces
de mi antecesora.
Todos. Bravo.
Mar. Todos los que me quisieren
favorecer, sin reparo
pueden venir á mi casa,
que yo á todo el mundo trato
con confianza.
Visita. 1.ª Pues yo
de tus palabras me valgo,
y te pido con las mismas
que cantes, porque te oigamos
algo de lo que cantabas.
Mar. Está el clave destemplado,
y el maestro dice que ahora
no cante recio, aunque canto
muy bien, sino *soto voche*:
¿no es verdad?
Abat. Es el mas arduo
principio del arte: todo
elemento organizado
tiene fin, principio y medio,
y hasta igualarse en un grado
aquel fin, medio y principio,
no puede formarse el alto
concepto de la armonía,
que transforma los humanos,
y los eleva á la parte
superior arrebatados.

Pag. Si dura mas el discurso,
se va el Abate volando.
Mar. ¿Qué os parece?
Todos. Es mucho cuento.
Visita. 1.ª ¡Y qué lindo es y aseado!
Todos. Es gracioso,
Sale D. Carlos.
Carl. Siento mucho
haber tan tarde llegado
á daros la enhorabuena
del himeneo que acabo
de saber de vuestro esposo,
mi antiguo amigo.
Mar. D. Carlos,
sea usted muy bien venido:
diga usted, ¿donde ha dexado
á mi marido?
Carl. Con unos
parientes que ahora han llegado
de fuera, y presto vendrán.
Mar. ¿A mi casa? Bravo chasco
se llevarán: yo no gusto
de huéspedes; y si acaso
esotro se empeña, irán
por la escalera rodando.
Cab. 1.º No hay cosa como cada uno
en su casa: habeis pensado
con juicio.
Cab. 2.º Y mas los parientes.
Cárl. Que te clavas.
Mar. Yo he rehusado
el escribir á los mios,
por evitar aun los gastos
de los portes de las cartas,
diciendo que me he casado:
y eso que son otra gente
distinta, porque un palacio
tiene mi madre, que luego
recae en un mayorazgo
tan grande como Madrid;
y un tio beneficiado
tiene seis ó siete casas
mayores.
Carl. ¡Que lugarazo
será!
Mar. Díscúrralo usted.
Lo menos es ser hidalgos
mis parientes: el que menos
tiene doscientos lacayos.
Pag. El otro dia encontré
á un ladron con otros tantos.
Vase.
Carl. Mi señora, vuestra madre
supongo que es viuda.
Már. Harto
lo siento; no porque no
goza veinte mil ducados
de renta, sino porque
no me hubiera yo casado
con hombre particular.
Pero ya, ¿que remediamos?
El disparate se hizo,
no hay sino disimularlo.
Visita. 1.ª Mira, muger, y decian
que era de linage baxo.
Visita. 2.ª Como de esas gentes hay,
que murmuran bueno y malo.
Sale el Page.
Pag. Señora, ahí está una buena
muger, que sino la atajo,
como Pedro por su casa
se entra de golpe y porrazo.
Mar. ¿Y quién es?
Pag. María Martin.
Mar. Mi madre es: ¡terrible caso!
Asustada.
dila que vuelva mañana,
quando no esté en casa el amo.
Pag. ¿Quanto va que es la barbera?
Vase.
Mar. Es una vieja, á quien hago
tal vez alguna limosna.
Sale Page.
Pag. Dice que vuelva el recado,
porque es su madre de usted,
que quiere darla un abrazo;
y que viene con su hermana
de usted y Colás Morado.
Mar. ¡Qué gracia! Ya sé quien son:
son unos pobres paisanos,
y á ella la llamó mi madre,
porque siendo yo de un año
me dió de mamar.
Pag. Pues esa
por acá no la mamamos.
Mar. Dila que vuelva mañana,

como te he dicho; y si acaso
porfia, dí que no vuelva,
que no estoy para petardos.

Sale D. Gil, y los Payos.

Gil. Pues yo sí. Dios guarde á ustedes;
y de nada me he enfadado
contigo, como de que
niegues á la que te ha dado
el ser por tu vanidad.
Ton. Marica, ¡quanto he llorado
Abrázala.
por verte!
Col. Vaya, Marica, *Serio.*
que no lo hubiera pensado
del buen aquel que tu padre
te dió, como soy cristiano.
Pag. ¿Quánto habrá dexado esta
de los veinte mil ducados
para comer la familia,
y reparar el palacio?
Tia. ¿Con que ya no me conoces?
Mar. Si señora, y con los brazos
y la boca en vuestros pies,
os pido perdon.
Tia. No extraño
tu vergüenza, que los probes
todo el mundo deshonramos.
Mar. Yo solamente lo siento
por los que lo están mirando,
y por mi marido.
Gil. Yo
agradezco el desengaño;
y con tal de que te enmiendes,
verás como te lo pago.
Visita. 1.ª Por nosotras no lo sientas,
que si aquí fueren llegando
los parientes de cada una,
quizá habria mas trabajo.
Carl. No hay en el nacer oprobio,
si hay virtud para enmendarlo.
Gil. Fuera esa conversacion,
y vámonos festejando,
que quiero ser excepcion
de yernos y de cuñados.
Tia. Bendito sea mi yerno:
¡qué alegre es, y qué bizarro!
Gil. Y bendita sea mi suegra,
si me hiciere bien casado.
Tia. De vuestra bondad seremos
mas que parientes esclavos
los tres.
Mar. Mas lo seré yo
Con sumision.
de un esposo tan humano,
si merezco su licencia
para repartir de tanto
como en casa sobra::-
Gil. Estás
entendida. De mi cargo
queda desde hoy la decencia
de tus gentes, y el regalo
de madre.
Tod. Viva D. Gil.
Carl. Enternecidos del caso
A D. Anselmo.
están todos.
Gil. Pues enjuguen
las lágrimas; y pasando
á la pieza de comer
el que quiera acompañarnos,
verá quantos beneficios
producen los desengaños,
á quien los recibe humilde,
y procura aprovecharlos.

FIN.